

La economía de la Sociedad Fluente

EL CONCEPTO DE LA "SOCIEDAD FLUENTE"

El concepto de la "sociedad fluente", que el conocido economista norteamericano J. K. Galbraith utiliza como título de su último libro, es a primera vista un concepto impreciso. Se trata de un fenómeno al que ya nos tienen acostumbrados los autores anglosajones y que suele provocar en los lectores españoles cierta insatisfacción. Desde que los libros ingleses y americanos predominan en nuestro país, es decir, desde que el nazismo obligó al exilio o al silencio a los intelectuales de habla alemana, muchos son los españoles que se han quejado de dos defectos que atribuyen a la cultura anglosajona: 1) el primero es su imprecisión, su carácter elusivo; 2) el segundo es la abundancia de elementos triviales. De este segundo fenómeno de trivialización ya se ha ocupado este Boletín en otras ocasiones y como no se da en la obra de Galbraith conviene dejarlo de lado por el momento.

Se acusa a muchos escritores ingleses y americanos de imprecisos, de elusivos. Desgraciadamente esta queja no ha llevado hasta ahora a un análisis profundo, sino que se ha quedado en el plano de la explicación relativamente superficial. Incluso nuestro gran Ortega, que se ha ocupado del tema, no nos da una explicación concluyente. En su último libro, sobre Leibnitz, se limita a decirnos (p. 216) que el inglés es la lengua elusiva por excelencia y las Islas Británicas las "islas subjuntivas", del "wait and see", del no comprometerse. Mientras que el idioma castellano sería todo lo contrario.

Las observaciones de Ortega son sin duda agudas, pero a nuestro juicio no proporcionan una explicación suficiente. Probablemente porque el "ensayo" sólo es instrumento adecuado para sugerir este tipo de problemas que quizá sólo puedan resolverse por métodos cuantitativos, como el "análisis de contenido" empleado por Lasswell. Quizá este tipo de análisis mostrara por correlaciones, como el subjuntivo ha venido cayendo en desuso en la lengua inglesa —y esto contradice a Ortega—, al igual que en las restantes lenguas europeas occidentales, *salvo el español*. En

cambio el empleo de palabras de sentido hipotético, probable y relativista, y sumisión sin condiciones, sustancialistas. Ello hace del castellano una mentado en la lengua inglesa.

Por el contrario, el castellano es la única lengua en la que tiene plena vigencia el subjuntivo, ese modo lleno de añoranza de otras situaciones, de frustración, incumplimiento y recelo. Coexiste en la lengua castellana el modo subjuntivo con otros elementos lingüísticos de sentido absolutista, como el imperativo y los que Ortega destaca como expresivos de adhesión y sumisión sin condiciones sustancialistas. Ello hace del castellano una lengua formularia, deductiva, escolástica y al mismo tiempo elusiva, inconcreta.

Tal es el resultado de nuestra estrecha y peligrosa convivencia, a la que la invasión árabe primero y la Contrarreforma y el absolutismo político y religioso después condujeron a nuestro país. El español absolutista, por impulso o necesidad, eludió muchas de las consecuencias de su convivencia estrecha, las sospechas de impureza de la sangre o de herejía, las apreturas de la inquisición o de la policía absolutista, tapándose con el subjuntivo. El subjuntivo permite al español eludir con prudencia la sustancia, lo absoluto, la esencia. El refranero es una muestra. Nuestra convivencia se articula como un mundo cerrado de sustancias e imperativos, que el español elude en cuanto puede. Si la sustancia es incomunicable, el subjuntivo también elude la comunicación. Pero aunque el subjuntivo puede resultar valioso para eludir conceptos innecesarios y rígidos o esas largas cadenas deductivas de tautologías o vulgaridades, que son nuestro saber social, todo ello es insuficiente.

Lo moderno es algo distinto. Sin sustancias o vastas cadenas de tópicos. Pero también sin elusiones de la convivencia y por eso el subjuntivo casi ha desaparecido. Lo moderno, como ocurre en el inglés, es la comunicación desde *lo concreto*. El inglés piensa desde los hechos y elude las ideas abstractas y generales, incluso hasta en exceso. Está en lo concreto, pero no nos ha aclarado que sea esto de lo concreto. Para nosotros, los españoles, esta aclaración de lo concreto es indispensable si hemos de convivir. En ella trabaja el profesor Tierno.

Volviendo al libro de Galbraith, diremos que no da ninguna definición de la "sociedad fluente". La definición de una cosa no es ya ni siquiera lo que Ortega cree en su libro sobre Leibnitz, cuando nos dice: "en el método moderno la definición de una cosa es lo último a que se llega en el proceso cognoscitivo" (p. 194). En el libro de Galbraith no se llega a la definición de la cosa, sino que se describen ciertas características funcionalmente útiles.

El libro de Galbraith es, pues, un libro crítico, que no pretende dejar acabado el tema de la "sociedad fluente", sino más bien empezarlo mediante la "destrucción" de ciertos prejuicios. Toda cultura viva es "destructora" de prejuicios. Así lo es la cultura anglosajona, cuyo mejor exponente es Hume. Galbraith menosprecia la "crítica constructiva", que es la propia de las culturas autoritarias o serviles. "Un ensayo como este —nos dice— es mucho más importante por lo que destruye —o hablando

más exactamente por la destrucción que cristaliza, ya que el enemigo final del mito es la circunstancia— que por lo que crea”.

Que la “sociedad fluente” parezca un concepto impreciso no quiere decir que esté injustificado, que responda al simple deseo de construir un neologismo. Se trata de un concepto que no es rígido y a priori como los antiguos “tipos ideales”, sino flexible, a posteriori, descriptivo. Su aparente imprecisión tiene dos sentidos: a) parece impreciso por su generalidad, porque no fija rígidamente *todas* sus referencias. Esto tiene la ventaja de facilitar su aplicación a “situaciones abiertas”, aumentando o disminuyendo las referencias según la situación. Y b) también parece impreciso por su concreción, porque parte de una situación concreta, la economía americana actual, y esta situación concreta suele poseer más elementos que un “tipo ideal”.

LO NUEVO: UNA ECONOMIA DE SITUACION

Lo más moderno del libro de Galbraith consiste en la descripción de una economía desde la situación o “circunstancia” (esta última palabra es la que Galbraith emplea con frecuencia). La economía de Galbraith es una economía de situación. ¿Qué sentido tiene hablar aquí de situación? ¿No será acaso confuso el empleo de esa palabra “situación”, que en nuestra época aparece por todas partes?

En primer lugar diremos que es el propio Galbraith el que prodiga la palabra “circumstance”. La “circunstancia” es lo que Galbraith contraponen a la economía tradicional: “el enemigo final del saber tradicional” (p. 178), la que le hace tener “una opinión muy pobre de las ideas centrales de la economía” (p. 3). Pero además, ¿qué sentido preciso tiene hablar de economía de situación? ¿No lo era la clásica de Smith? Claro está que no, porque al decir que la economía de Galbraith es una economía de situación, no quiere decirse la perogrullada de que toda obra del pensamiento económico surge como respuesta a unas circunstancias concretas.

Se trata de algo más importante: de la vigencia en economía del concepto de situación como instrumento técnico del análisis. Y los clásicos no podían disponer de ese instrumento.

Pero además hay otra cosa que resulta importante a este respecto. Para los clásicos la economía era una serie de principios legales establecidos por la razón, que explicaban cómo se satisfacían unas necesidades “dadas” de la “naturaleza humana”. La economía clásica tiene pretensiones universales de validez porque centra su atención en aquellas necesidades humanas fisiológicas (hambre, frío, las 2.800 calorías del “mínimo vital”), que son más generales y necesarias porque se sienten en cualquier situación en cuanto miembros de la especie humana. En este sentido decía Keynes que las necesidades humanas “son de dos clases: aquellas necesidades que son absolutas en el sentido de que las sentimos, cualquiera que sea la situación, en cuanto miembros del género humano, y aquellas

que son relativas, en el sentido de que su satisfacción nos coloca por encima, nos hace sentir superiores a nuestros semejantes". Estas últimas se han denominado necesidades sociales.

A este respecto la tesis de Galbraith es la siguiente: muchos economistas han prescindido, por lo menos en la práctica, de esta distinción, y por ello han venido a asimilar la urgencia de las necesidades (básicas y sociales) de una sociedad próxima al "punto de saturación" como la fuente a la urgencia de las necesidades básicas en una situación próxima al "mínimo de subsistencia". Con ello han perpetuado un absolutismo que en la sociedad fuente ya no tiene sentido. Cuando el nivel de una sociedad se mueve en torno al punto de saturación o bienestar, las necesidades se relativizan.

LA SOCIEDAD FLUENTE ES UNA SOCIEDAD DE ECONOMIA FLEXIBLE Y FACIL

La sociedad fuente es aquella en la que las expresiones "necesario", "urgencia", han perdido mucha fuerza: "un país rico, como una persona rica —dice Galbraith—, tiene el lujo de la elección". (P. 239.) En niveles tan altos la "exigencia" se diluye en una variedad de posibilidades. En países como los Estados Unidos o los escandinavos, la riqueza permite márgenes de error y defectos de funcionamientos, que en otros países menos desarrollados resultan dolorosos. No hay urgencias ni rigideces, aunque —como dice Galbraith— la mayoría de los economistas no quieran confesarlo. La economía fuente se mueve en torno al "punto de saturación", mientras que la economía ricardiana, al igual que la de la mayoría de los países del mundo no desarrollados, gira en torno al "nivel mínimo de subsistencia" de la especie. En estos países pobres tiene sentido hablar, por ejemplo, de la "ley de hierro" de los salarios (Ricardo, Marx) o del "principio de población" (Malthus), ya que el control de los nacimientos resulta costoso para los países pobres. E incluso, como afirma Singer, del "empobrecimiento" en el sentido de Marx:

"El análisis marxista, en el que los crecientes niveles de vida para grupos o sectores determinados son considerados, por una razón o por otra, compatibles con el deterioro y empobrecimiento general, es mucho más exacto si se aplica al mundo internacional que al nacional."

"En términos de renta mundial la situación ha empeorado, probablemente, durante las tres últimas generaciones..." (H. W. Singer, "El progreso económico en las países atrasados". Rev. "Estudios Políticos", V. 1-5. Mayo 1953. Dic. 1954.)

LA RESOLUCION MECANICA DE LA ADECUACION ENTRE PRODUCCION Y CONSUMO

En los clásicos, claramente en Smith, la adecuación entre producción y consumo es racional y voluntarista (decisión del consumidor). Para la teoría clásica de la demanda del consumidor:

- a) el concepto de saturación tiene poca importancia.
- b) las necesidades se originan en la persona del consumidor o son "datos" que vienen dados al economista. Este último sólo provee a su satisfacción, sin investigar cómo se forman las necesidades, haciendo máximo el número de bienes que las satisfacen.

Pero Galbraith se encuentra que en la "sociedad fluente", en la economía americana actual, la adecuación de la producción y el consumo no se resuelve de este modo, sino por la propia mecánica de la producción. Primero la historia, las costumbres y la presión social y después la propia mecánica técnica de la producción (publicidad, técnica de ventas, etc) sustituyen a la adecuación racional y voluntarista de Adam Smith. ¿Cómo ha sucedido esto?

En la sociedad fluente el efecto de la creciente abundancia debió ser el minimizar la importancia de los objetivos económicos, haciendo que la producción y la productividad perdiesen sustantividad e importancia en los países ricos. Esto tendría que suceder si, como dice Galbraith, el concepto de la utilidad marginal decreciente sigue siendo una de las ideas indispensables de la economía. Pero no ha sucedido porque no se admitió en la práctica —e incluso en la teoría— la urgencia decreciente de las necesidades, porque: a) se excluyó de la economía todo juicio sobre la importancia de los bienes; b) se introdujo lo que el Profesor Andrés Alvarez denomina "principio de la variedad creciente". El cual, como dice Galbraith, consiste en que "en los niveles más elementales (y también los más subjetivos) del análisis económico se supone que, mientras la utilidad marginal de un bien individual disminuye de acuerdo con una ley inexorable, la utilidad o satisfacción de nuevas o diferentes clases de bienes no disminuye apreciablemente". (p. 115.)

Se dice además que no son posibles las comparaciones intertemporales de utilidad entre los diferentes actos de consumo. No es de extrañar que se acuda incluso a una antropología filosófica historicista —como hace Andrés Alvarez, apoyándose en Ortega—, para justificar el confuso principio de la variedad creciente. Si el "hombre es historia", cada acto de consumo aparece como independiente de los demás actos de consumo anteriores y posteriores. Como dice Galbraith para esta tesis:

"Las cosas han cambiado; él ya es un hombre diferente; no hay un criterio real para la comparación. Así, se reconoce que en un tiempo dado un individuo obtendrá satisfacciones cada vez menores de los incrementos marginales de una cantidad dada de bienes y por lo tanto no puede ser inducido a pagar por ellos. Pero que esto no nos dice nada sobre las satisfacciones de estos bienes adicionales y especialmente de bienes diferentes, cuando se los adquiere más tarde. La conclusión sigue: uno no puede estar seguro de que la satisfacción disminuya con estos aumentos temporalmente tardíos de la cantidad de bienes del individuo. Por lo tanto, no puede sugerirse que la producción que la satisface sea de urgencia decreciente". (p. 116.)

Otras veces y dentro de la misma corriente historicista, los actos de

consumo están justificados por las costumbres de la sociedad. Es lo que Andrés Alvarez denomina "necesidades sociales". Pero dentro de una metafísica historicista no responden éstas a una "racionalidad social" al servicio de todos los individuos de la comunidad. Se pretende, simplemente, que la historia o las costumbres justifiquen determinados actos de consumo de las élites (por ej. defensa de la elegancia, por Ortega, etc.)

Pero como las comparaciones intertemporales entre los estados mentales de los consumidores se apoyan en motivos dudosos, el economista que quiere creer que con el aumento de bienestar no hay reducción en la "urgencia" de deseos y bienes tiene siempre argumentos para la discusión. Por más razonables que sean los argumentos empleados contra su tesis no podemos probarlos.

LA ELABORACION DE LAS NECESIDADES

Pero hay un punto débil en su tesis y es que para que las necesidades individuales sean urgentes deben ser *originarias*, provenir del propio individuo. No pueden ser urgentes si son *fabricadas* para él. Y sobre todo no pueden ser elaboradas *por el propio proceso de producción que las satisface*. Porque esto significa que toda la tesis que define la urgencia de la producción, apoyándose en la urgencia de las necesidades, cae por tierra. No se puede defender a la producción en cuanto satisface necesidades si la producción crea las necesidades.

El concepto de necesidad, establecida con independencia, se hunde. En el nivel de la sociedad fluente no hay necesidades sustantivas. Las necesidades dependen del propio proceso productivo: efecto de dependencia. Son elaboradas mediante la publicidad o la técnica de ventas o por la mecánica de la conviencia que atribuye "valor" y "prestigio" a determinados bienes. O son elaboradas para que el proceso de la producción funcione y asegure mediante el pleno empleo la seguridad de los ingresos.

Lo que Galbraith denomina "Efecto de Dependencia", una de las ideas centrales de su obra, es nada menos que una aplicación (implícita) a la economía de ciertas tendencias del pensamiento moderno que prescinden cada vez más de la categoría de sustancia. Para el saber tradicional, sustancias eran existencias definidas como independientes. Las necesidades eran algo sustantivo para la economía clásica, o por lo menos eran tomadas como "dadas", independientes. En la sociedad fluente las necesidades son función del propio proceso productivo que las satisface o de determinados usos sociales.

RELATIVIDAD, PERO QUEDA ALGO QUE NO HA PERDIDO INDEPENDENCIA: LA PRODUCCION

La economía de la sociedad fluente es una economía en la que los temas centrales de la actividad económica han perdido independencia para

pasar a depender de uno de ellos: la *producción*. Los temas de la economía se relativizan, pero aún queda algo en la "sociedad fuente" que es intangible: la producción. El análisis de la sociedad fuente se ocupará del estudio de las relaciones de dependencia de estas variables económicas respecto de la producción. Y la crítica de la sociedad fuente representará un esfuerzo para relativizar la producción, mostrando las tensiones que se derivan de la excesiva primacía dada a la producción de bienes privados de consumo. ¿Cómo se han producido estas dependencias? ¿A qué se debe esta primacía de la producción?

IGUALDAD ECONOMICA

En primer lugar, la solución del problema de la igualdad económica ha pasado a depender en la sociedad fuente de la producción.

En el saber tradicional, la defensa de la desigualdad económica descansaba en su papel funcional como incentivo y como fuente de capital. La experiencia ha demostrado que esto es inexacto. Los impuestos sobre la renta igualitarios y fuertes han coincidido con el rápido progreso económico de los Estados Unidos. Y dar a los individuos grandes ingresos para fomentar el ahorro es ilógico porque el remanente del rico es lo que queda después de un consumo de lujo. Y este no es un modo eficiente de promover la formación de capital. Y tampoco puede alegarse la evidencia empírica para sostener que el igualitarismo haya tenido siempre efectos desfavorables en la formación de capital. Se cita a Inglaterra como caso desgraciado; pero Noruega, país aún más igualitario, ha tenido desde la guerra una de las tarifas más altas de formación de capital y crecimiento económico, aparte, claro está, del mundo comunista.

Sin embargo, en las sociedades fuentes el problema de la desigualdad ha perdido interés por varios motivos:

a) la producción ha elevado el nivel de vida de las masas; b) la desigualdad no se ha acentuado en estos países como se temía; c) la posición social del rico ha cambiado, ya que éste considera la "ostentación" como poco política y pararrayo de las iras revolucionarias y procura utilizar los símbolos de prestigio de otros sectores sociales (saber, capacidad, etcétera); d) en la sociedad fuente ha desaparecido esa plaga del resto del mundo, el servilismo, la existencia de clases serviles en diferentes estratos de la sociedad y no sólo en los más bajos, dispuestas a realizar para vivir los "trabajos sucios", físicos y políticos.

Pero el ejemplo de la sociedad fuente, en la que la producción ha resuelto o más bien atenuado mediante una tregua el problema de la desigualdad, no es aplicable al resto del mundo. El propio Galbraith parece darse cuenta de que su libro, mal interpretado en otros países, puede resultar peligroso. En la mayoría de los países el mundo económico es el mundo ricardiano, y la esperanza de mejorar debe apoyarse en una redistribución de los ingresos y en una reforma social. Hablar de aumento

de producción o productividad a los habitantes menesterosos de la mayoría de los países no desarrollados—como hacen ciertos dirigentes que defienden los intereses de las clases privilegiadas o algunos “técnicos” de la ayuda exterior que aplican los esquemas de la sociedad fuente a los países infradesarrollados— es inútil: “una reforma —dice Galbraith— no es algo que pueda esperar a un progreso de la producción. Puede ser un requisito previo de este progreso. (p. 74.) En la fluencia, en cambio, “es el aumento de la producción en las recientes décadas, no la redistribución de los ingresos lo que ha traído el gran aumento material, el bienestar del hombre medio”. (p. 75.)

SEGURIDAD ECONOMICA

En la sociedad fuente la seguridad económica se convierte también en variable de la producción, al depender los ingresos del trabajo. De ahí la necesidad de la ocupación plena.

FORMACION DE CAPITAL, PROGRESO TECNICO Y CIENTIFICO

Lo mismo sucede con la formación de capital y el progreso técnico, que están en función del nivel de producción de bienes privados. Por eso, mientras en los países comunistas y en algunos socialistas de economía planificada existe un plan en la fluencia, “al igual que con el progreso técnico nos contentamos con cualquier volumen de formación de capital que recibamos” (p. 100) y “nuestra preocupación funcional con el aumento de la producción se limita a medidas para obtener una mayor eficacia de los recursos y para promover el ahorro y la diligencia—que eran las adecuadas hace un siglo. Las nuevas dimensiones, a lo largo de las cuales puede haber progreso, apenas atraen nuestra atención. Las medidas necesarias para la expansión de la fuerza laboral, la expansión de la tasa de formación de capital, y lo que quizá sea más importante, para llevar la tecnología a las industrias actualmente atrasadas, no requerirían ningún cambio revolucionario en nuestro sistema político y económico”.

SEGURIDAD NACIONAL

Incluso la seguridad nacional, la defensa del país, se convierte en variable, dependiente de la producción. Como dice Galbraith: “en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial ninguna proposición tenía tanta fuerza en el saber tradicional como la proposición de que existía una correlación entre el poder de un país y la producción económica (debe entenderse: de bienes no militares)”. (p. 128.) Es cierto que esta relación se dió en la segunda guerra mundial, que puede considerarse como un conflicto de productos nacionales. (G. N. P.) Ello fué posible

porque los Estados Unidos estaban fuera del alcance de los bombardeos y contaba con aliados que lucharon mientras los americanos transformaban su producción, transformación que además resultó posible por estar saliendo la economía americana de la depresión y haber recursos ociosos.

La tesis de Galbraith es que la Segunda Guerra Mundial ha sido el último de los "conflictos de productos nacionales". Este tipo de conflicto supone: a) armas con capacidad de destrucción limitada; b) tiempo para la transformación de la producción de bienes privados en producción de armamento; c) que esta transformación sea posible ya porque existan recursos ociosos o por no haber resistencia por parte de los consumidores o que el gobierno pueda vencer estas resistencias. La Guerra de Corea demostró que el consumidor americano se resistía a los sacrificios; hubo inflación y tuvo que suspenderse el sistema de decisión descentralizada de las empresas, propio del capitalismo, y controlarse los recursos.

"Hemos tenido ya probablemente el último de los conflictos, que, aunque remotamente, podría llamarse una Guerra de Productos Nacionales. Es improbable suponer que los Estados Unidos tengan por tercera vez la oportunidad de movilizar y desplegar sus recursos industriales de modo tranquilo y ordenado, mientras el enemigo es combatido por aliados en frentes lejanos" (p. 130.) Al leer estas palabras debe tenerse en cuenta que el autor fué Director del Estudio sobre Bombardeo Estratégico de los Estados Unidos.

LAS TENSIONES DE LA SOCIEDAD FUENTE: INFLACION Y DESEQUILIBRIO SOCIAL

"Que la seguridad de nuestra preocupación actual con la producción, en cuanto producción es formidable, es algo que no puede dudarse. Ha heredado la preocupación que antes se sentía por la igualdad. Está poderosamente reforzada por el servicio que proporciona a la seguridad económica. Está racionalizada por una elaborada, aunque espúrea, teoría tradicional de la demanda del consumidor. Tiene el apoyo sagrado de la seguridad nacional, aunque la relación aumente de hecho nuestro peligro. Para los hombres de negocios la producción significa prestigio. Los políticos liberales cree que significa cargos". (p. 151.)

Pero el imponente edificio de la producción empieza a tener grietas en la fachada. La producción es la causa de las tensiones de la sociedad fuente. Estudiaremos algunas de estas tensiones:

a) Es dudoso que la propia producción pueda seguir elaborando indefinidamente necesidades artificiales que la satisfagan por medios como la publicidad y la técnica de ventas o los usos sociales. En las minorías americanas está disminuyendo el valor social de los bienes de consumo privado. La industria del automóvil, que creía que la capacidad de absorber como del consumidor americano era ilimitada, ha tenido que ceder.

b) a pesar de las técnicas de la industria de "public relations" el hombre de negocios decae como minoría rectora en los Estados Unidos. Y tiene que adquirir "símbolos de prestigio" procedentes de otras actividades (culturales, políticas, artísticas, etc.)

c) la "venta a plazos", el endeudamiento de los consumidores, se ha convertido en un fuente principal de inseguridad económica y presión inflacionaria. Y de tensiones sociales, porque como Galbraith se pregunta, ¿puede ser el cobrador la figura central de la sociedad buena? De ahí que en Gran Bretaña, aunque todavía no en los Estados Unidos, la regulación de los términos y condiciones de la venta a crédito sea una función del gobierno.

INFLACION

Pero es la inflación, junto con el desequilibrio entre los bienes privados y públicos, uno de los dos problemas capitales de la fluencia, la que hace "sin duda más remunerador, en términos puramente pecuniarios, ser especulador o prostituta que profesor, predicador o policía. Esto es lo que el saber tradicional denomina estructura de los incentivos". (p. 174.)

La sociedad fluente opera con la economía por razones de seguridad económica a un nivel de producción en que no es estable, "en el que los aumentos de precios no son sólo probables, sino normales. Los remedios que serían efectivos chocan con la urgencia de la producción para fines de seguridad económica. O están en conflicto con actitudes que destacan la importancia del crecimiento económico y de los mercados libres, para el empleo eficiente de los recursos". (p. 166.) La inflación no ha tenido su Keynes.

El remedio tradicional contra la inflación era la política monetaria (aumento del interés, control del crédito). Es la solución de los conservadores, de los banqueros. Su fracaso en la Gran Depresión fué rotundo. Galbraith se muestra muy escéptico respecto a esta "ilusión monetaria". En estos días, en que los banqueros gobiernan en parte y tratan de restaurar su prestigio en algunos países como Francia, resulta conveniente estudiar las opiniones de nuestro autor. La política monetaria es una forma de "escapismo económico", porque "sólo establece un contacto secundario con el problema de la inflación" (p. 178); "no establece un contacto directo con la relación precios-salarios. Y por lo tanto tiene que actuar, si es que actúa de algún modo, reduciendo la demanda efectiva de bienes. Su instrumento para realizar esto es una tarifa de interés más alta y una reducción de la oferta de fondos para préstamos". (p. 179.) Estas medidas son ineficaces o peligrosas, pues pueden provocar una recesión.

La solución liberal contra la inflación es el superávit presupuestario mediante el aumento de los impuestos sin el aumento correspondiente del gasto público. Su aplicación es también difícil, porque tropezamos aquí con otra tensión de la sociedad fluente: la escasez de bienes públicos y

de los gastos gubernamentales que los satisfacen, escasez que se acentúa aún más en épocas de inflación. Por eso resulta difícil disminuir o no aumentar el gasto público. Pero, además, el aumento de los impuestos contradice otros dos objetivos de la sociedad fluente, la tregua en torno al problema de la igualdad y el desarrollo económico. Ya que en la sociedad fluente el crecimiento sólo será máximo cuando el sistema económico está bajo aquella presión para emplear la capacidad que produce la inflación. Y por lo tanto una política que mantiene la producción por debajo de la capacidad en aras de la estabilidad de precios sacrifica el crecimiento económico.

Tampoco es una solución combatir la inflación mediante el aumento de la producción. Ya que por el efecto de dependencia la producción crea más necesidades y medios con que satisfacerlas.

Hay otra solución contra la inflación: el control de precios y salarios, que no necesita ser total, al llegar la producción a la capacidad plena. Esta solución tiene un inconveniente y una ventaja. El inconveniente es la de suscitar las iras del saber tradicional por ir contra el principio de la distribución de los recursos por el mercado. Pero tiene la ventaja que "es posible que restricciones muy limitadas sirvan para reconciliar la producción a plena capacidad y la estabilidad de los precios" (p. 193).

LA TEORIA DEL EQUILIBRIO SOCIAL

Pero "el problema final de la sociedad productiva es lo que produce. Esto se nos manifiesta en una tendencia implacable a proporcionar una oferta abundantísima de algunos bienes y una producción misérrima de otros. Esta disparidad llega hasta un extremo que le convierte en causa de inquietud y malestar sociales. La línea que divide nuestra zona de riqueza de nuestra zona de pobreza es aproximadamente la misma que separa los bienes producidos y vendidos privadamente de los servicios públicos. Nuestra riqueza de los primeros no sólo contrasta de modo sorprendente con la pobreza de los últimos, sino que nuestra riqueza de bienes de producción privada es, en gran parte, la causa de la crisis en la oferta de servicios públicos. Porque no hemos logrado ver la importancia, es más urgente la necesidad de mantener un equilibrio entre los dos" (p. 195).

Para el saber tradicional es la comunidad la que decide cuánto dedicar a los servicios públicos mediante un proceso democrático. Pero esta opinión depende de la noción de necesidades del consumidor independientemente determinadas. En un mundo semejante se podría defender la doctrina de que el consumidor, en cuanto elector, hace una elección independiente entre los bienes públicos y privados. Pero dado el efecto de dependencia—la creación de las necesidades del consumidor por el propio proceso que las satisface—el consumidor no realiza tal elección. Está sometido a fuerzas tales como la publicidad y la emulación por medio de las cuales la producción crea su propia demanda (p. 202).

Y, además, el equilibrio social es también la víctima de otras dos características de la sociedad fuente: la tregua sobre la desigualdad y la tendencia a la inflación.

EL EQUILIBRIO DE LAS INVERSIONES

La sociedad fuente no controla ni la formación de capital, el aumento en la cantidad invertida, ni el progreso técnico, el aumento cualitativo. La acumulación de capital, según el saber tradicional, es realizada por los "empresarios" y el progreso técnico por los "inventores"; es decir, por individuos a los que se supone excepcionalmente dotados. El arquetipo del inventor es para los americanos Benjamín Franklin, que trabajaba en su casa. Nada más lejos de la realidad actual en la que las grandes corporaciones y oligopolios son las que realizan la mayor parte de la acumulación de capital y progreso técnico. Quiere esto decir que en los sectores privados no oligopólicos y en el sector público hay un desequilibrio. Ello se debe a que la teoría de la "circulación libre de capitales" es inadecuada. Y además a que el desarrollo humano, las inversiones en el hombre, es lo que los economistas denominan una "economía externa". Sus beneficios favorecen a todas las empresas por no ser lo bastante específico para ser comprado y pagado por una de ellas. Por eso casi toda la inversión en individuos es del dominio público y está fuera del sistema del mercado. Y no hay ningún mecanismo para distribuir automáticamente los recursos entre la inversión material y humana.

El impacto de los éxitos científicos soviéticos ha puesto de manifiesto el defecto fundamental del mecanismo de distribución de recursos de la sociedad fuente. ¿Quiéreme esto decir que la sociedad fuente ha sido superada?

LA SUPERVIVENCIA DE LA SOCIEDAD FUENTE

Para Galbraith la supervivencia de una sociedad, y la de la sociedad fuente por lo tanto, no está asegurada por un decreto divino o por el cumplimiento de las normas de buena conducta del saber tradicional, sino por su funcionamiento eficaz.

"El caso del capitalismo moderno no se fundamenta, como muchos quisieran hacer creer en la asombrosa perfección de su forma. Ni en un decreto divino. Ni tampoco sobrevive por haber sido descubiertos y destruidos efectivamente los que podían acabar con el sistema. Sobrevive porque no hay nada administrativamente funcional capaz de ocupar su lugar." (p. 175.)

EL PROBLEMA POLITICO

Quiere esto decir que la economía de la sociedad fuente se justifica por su funcionamiento, porque en esas sociedades no hay nada que pueda

sustituirla. Por lo tanto, no requiere reformas radicales o revolucionarias, sino una serie de correctivos concretos, que pueden realizarse dentro de la democracia.

CONCRECIÓN

La sociedad fuente es sociedad necesitada de correctivos más que de reformas radicales. Y estos correctivos son concretos:

a) el primero es el divorcio de la seguridad económica de la producción. Para ello hay un instrumento a mano, pero tiene que ser modificado dándole un papel nuevo y diferente. Se trata del sistema de compensación por paro. La sociedad fuente tiene que alterar la valoración social del ocio y la mala reputación del desempleo en comunidades de tradición puritana y ver con ecuanimidad cierto aumento del ocio voluntario. Para ello el mejor instrumento es la Compensación por Paro Cíclicamente Graduada. En las fases de depresión la compensación sería muy alta, aumentándose la compensación cuando el paro aumenta y disminuyéndola cuando se alcanza el pleno empleo, para que la compensación no se añada en este caso a las presiones inflacionistas. Este sistema, dice Galbraith: "aparte de romper la conexión entre la producción y la seguridad económica ...eliminaría en gran medida la dureza del paro de depresión para el obrero. Al estabilizar la demanda iría lejos para mitigar la amenaza de depresión. Al mismo tiempo no habría aumento de las presiones inflacionistas durante el pleno empleo y ninguna interferencia, en esos tiempos, con la búsqueda de trabajo". (p. 232.)

b) el desequilibrio entre bienes privados y servicios públicos, podría solucionarse si una parte proporcional de los aumentos de renta fuese atribuida automáticamente al gobierno para fines públicos.

c) puede también utilizarse en la sociedad fuente el impuesto sobre el consumo en mayor medida que en los países pobres, ya que mientras en estos últimos son muy perjudiciales, en la sociedad fuente la distinción entre artículos de lujo y de primera necesidad tiene menos fuerza.

¿Pero cuál es la medida del equilibrio entre bienes privados y públicos? La medida precisa no existe. Pero la sociedad fuente no necesita de un equilibrio exacto. Puede tolerar amplios márgenes de error.

LA POSICIÓN DEL ECONOMISTA

Esta economía de soluciones concretas quizá suponga una nueva visión del papel del economista y de los conceptos que utiliza. Los conceptos del economista son realidades funcionales que se aplican en los "casos". Este es el sentido que tiene el concepto de "poder compensador" a la luz del cual reelabora Galbraith el caso del oligopolio. Pero lo mismo puede decirse de conceptos tales como la nacionalización, estatificación, controles... Un concepto es válido en cuanto es eficiente en una si-

tuación dada. La estatificación lo ha sido para la producción de la bomba atómica y los controles para la presión inflacionaria de la Guerra de Corea. Muchos conceptos económicos han tendido a mistificarse, a adquirir referencias emocionales y a desvincularse de la situación concreta, en la que son eficaces y tienen sentido. Así surge una mística de la libre empresa que se pretende aplicar a las tribus primitivas de África, o del mercado libre, del capitalismo o del anticapitalismo.

Así, por ejemplo, el llamado "problema del capitalismo" fué resuelto en la Gran Depresión por un concepto concreto y eficaz: el gasto público y el presupuesto desequilibrado, a pesar de que esta idea repugnaba todas las buenas normas. Y actualmente el problema del capitalismo, cuando se lo despoja de su contenido ideológico, no es más que el problema práctico de si las decisiones económicas de las empresas han de estar o no descentralizadas en una situación o país dado. Esto sólo desde una situación concreta puede determinarse y no a priori. Durante la guerra de Corea el gobierno americano estimó que no podía continuarse con la descentralización de las decisiones. En la URSS parece hablarse ahora de descentralización.

El economista en la sociedad fuente es ante todo un "ajustador" de la maquinaria económica, ya que como dice Galbraith por ahora "no tenemos dentro de la economía ningún mecanismo que actúe automáticamente para asegurar un buen funcionamiento". (p. 176.)

Pero no es sólo eso. En la economía ha de plantearse el problema del futuro y el hecho de que la sociedad fuente es la excepción en un mundo de pobreza. En cuanto al futuro el economista, como ha puesto de relieve Baran al hablar de la planificación soviética (en su art. *National Economic Planning*, p. 384 del *Survey of Con. Ecs.*, vol. II): "el actual proceso de determinación de la naturaleza y dirección de la actividad económica, de la proporción del producto que ha de dedicarse al consumo o a la inversión, del surtido y calidades de los varios productos colocados en el mercado puede muy bien suponer un *novum* histórico que desafíe todas las categorías propias de nuestro sistema de referencias convencional".

MORAL DE LA ESPECIE

Y es que el economista se ocupa de algo más que de decisiones sobre política económica. Como dice Galbraith, "se juega un sistema moral". Se ha hablado del "economista como misionero moderno". El economista se ocuparía entonces de los fines últimos del hombre en el sentido de Marshall. ¿Cuáles son estos fines últimos? Para Galbraith es la supervivencia y progreso de la especie. La preocupación por la humanidad como realidad superviviente. Para ello la sociedad fuente tiene que contribuir a resolver el problema económico de la especie humana, ya que como puso de relieve Keynes, este no es el problema permanente de la especie. Keynes calculó que sin guerras y con un control adecuado de la natalidad

podría resolverse en cien años. Pero para ello hay que cometer el pecado prohibido: distinguir entre los distintos tipos de necesidades. Keynes no dudó en hacerlo.

Para ello, el economista tiene que crear nuevos símbolos de felicidad, para suplir el vacío dejado por los bienes de consumo como símbolos. Tiene que identificar la moral con el bienestar y la pobreza con la degradación e inmoralidad, que es casi todo lo contrario de lo que sostenía la ética tradicional. Y consolidar la aparición de una nueva clase que acabará por abarcar a toda la especie, la "Nueva Clase" de que habla Galbraith, que sustituirá a la clase ociosa y al trabajador manual y se ocupará de la ciencia y del mejoramiento de las posibilidades humanas.

JOSE LUIS FERNANDEZ DE CASTILLEJO